

LA LLUVIA AL REVÉS

Pilar Siegrist Fernández



No he contado antes lo que ocurrió aquella Nochebuena, porque por alguna razón incomprensible, cada vez que lo he intentado me late el corazón. Me late el corazón al revés como si sístole y diástole se hubieran cambiado de sitio y ahora cada latido fuese un fallo organizativo.

Yo tenía treinta y ocho años, una edad en la que aún uno cree comprender el mundo, pero se empieza a sospechar que el mundo no lo comprende a uno. Vivía en un edificio anodino de diseño brutalista, cuya forma parecía tratada por alguien que se quedó dormido y dejó a su escuadra bailar sola. Era la víspera de Navidad y llovía hacia arriba. No lo digo de forma metafórica; la lluvia subía, tratando de llenar el cielo de agua. En el barrio lo aceptábamos como una excentricidad meteorológica, sin darle demasiada importancia. Ya había sucedido en otras ocasiones.

Esa mañana había recibido una carta. Una carta, con su

sobre y su sello, como si el remitente no supiera que el mundo ya no funciona así. En el centro del sobre una frase rezaba: “Abrir cuando el pensamiento duela”. Lo dejé sobre el aparador del salón porque a esas horas de la mañana, el pensamiento no solía doler. Apenas arañaba ligeramente mis esquinas.

Ese día me dediqué a ordenar todo lo que encontré por la casa: calcetines huérfanos, facturas caducas, el armario de las especias... Con el único fin de esquivar la idea de la cena, la primera Nochebuena tras la separación de Clara. Ella era la única persona capaz de orientarme en el mundo sin volverlo más oscuro. Al marcharse, el mundo no se oscureció, pero ya no supe entenderlo en tonos claros.

Hacia las ocho de la tarde, desquiciado de dar vueltas a mi casa, abrí una botella de cerveza y me acomodé en el sillón junto a la ventana. La lluvia no había parado de subir y el viento sacudía las farolas desde el suelo. Entonces lo noté: un pellizco por dentro, una punzada nítida debajo del esternón, como si alguien estuviera dando toquecitos en mis pensamientos con los dedos fríos.

Abrí la carta.

Una llavecita se asomó por el sobre, era muy pequeña,

con tres dientes hacia afuera y uno casi imperceptible hacia adentro, como si el propio hierro, cansado, hubiese decidido plegarse sobre sí mismo. Junto a la llave, un trozo de papel con una nota: “No abrir puertas. Dejar que éstas lo abran a usted”. Me eché a reír; no soy de risa fácil pero todo aquello me parecía casi una broma ontológica. Sin embargo, en cuanto me guardé la llave en el bolsillo, la habitación se abrió. No la puerta: la habitación entera, como una película de ciencia ficción.

El suelo ahora estaba a un lado, la lámpara frente a mis rodillas. Seguía de pie o tumbado o algo intermedio, difícil de clasificar. Un vértigo extraño me sacudió, empujándome desde todas las direcciones posibles de forma simultánea. La llave en mi bolsillo tiraba de mí como un caniche exigente, tira de su dueño para ir al parque.

Avancé por el pasillo observando cómo las paredes estaban cubiertas de papel; miles de palabras, frases inacabadas, escritos inconclusos, tachones. Todo escrito con mi letra. Cosas que alguna vez había pensado, sentido, pero desechado o callado. Cientos de ideas que por diminutas o incómodas no se habían convertido en recuerdos.

Al final del pasillo, una mesita de madera en una enorme sala vacía y, sobre ella, una esfera del tamaño de

una sandía. Dentro de la esfera y rodeada de una luz suave, estaba Clara. No era exactamente Clara: era el recuerdo que yo tenía de ella. La sonrisa algo descentrada, como cuando se reía en público; los ojos almendrados y el pelo que caía de una forma imposible, siempre acercándose hacia el punto desde el que la miraba.

__ No te esperaba -me dijo Clara-esfera, sin mover los labios.

__ No sabía que debía venir -respondí.

__ Nunca se sabe y si se supiese, sería otro tipo de historia.

La llave tintineó ligeramente en mi bolsillo como si estuviera viva.

__ Esta es una alucinación, ¿verdad? -pregunté.

__ No más que la vida cotidiana -respondió- ¿necesitas que todo pase por la lógica?

Me quedé en silencio. Supongo que sí: supongo que es a

lo que siempre me he aferrado. El mundo es lo suficientemente incierto e inestable como para además permitirse la cortesía del absurdo. Pero durante esa noche, lo inverosímil flotaba con una coherencia propia, como si pudieras escuchar un idioma desconocido y entenderlo.

-- He venido porque... -empecé a decir.

-- No, no has venido, te han traído, algo que es nuevo para ti.

Clara-esfera giraba lentamente mientras en su interior centelleaban imágenes: no eran recuerdos, sino versiones alternativas de nuestros recuerdos juntos.

-- Estos son los mundos posibles que no elegiste -dijo.

-- No sabía que podía elegir -contesté en un murmullo.

-- Siempre se elige. Incluso cuando no se elige nada, uno está decidiendo.

La sala temblaba. No era un temblor físico: era un temblor semántico. Las palabras de las paredes del pasillo se desprendían, desaparecían; como si necesita-

sen hacer hueco para otras nuevas.

-- ¿Qué está pasando? -pregunté, mirando a Clara-esfera a los ojos.

-- La Navidad, -respondió ella, mirándome con dulzura.

-- Eso no explica nada, Clara.

-- La Navidad no viene a explicar. Viene para ser y transformar.

De pronto comprendí: aquel mundo posible existía únicamente cuando yo lo recorría; en cuanto las dudas me asaltaban la estructura se aflojaba. Tenía que ser un lugar funcional, diseñado con un propósito concreto que aún se escapaba al entendimiento. Y lo inverosímil de cada uno de sus pliegues era su combustible.

Antes de apagarse, Clara-esfera me miró.

-- Tienes que elegir -dijo su voz, ahora distorsionada-sobre ti, no sobre mí.

El pasillo fue estrechándose, las palabras ardían sin fue-

go. como si una memoria fuese incompatible con otra. Comprendí que la llave hacía las veces de forma material de umbral: una invitación, a la vez que un riesgo. En ese momento me escuché a mí mismo decir:

-- No quiero quedarme aquí.

Al momento, el mundo posible obedeció. Se desvaneció el suelo bajo mis pies, la lámpara colgaba del techo; y el reloj de pared marcaba las 23:59 horas.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la llave. Su aspecto era ahora recto, normal, casi vulgar. Al intentar dejarla sobre un estante, no pude: estaba pegada a la palma de mi mano, integrada como otra línea más.

Me acerqué a la ventana. La lluvia estaba suspendida en el aire: miles de gotas flotando en el ambiente, ya sin rumbo. Parecía como si el tiempo hubiese perdido el interés por funcionar. Cuando el reloj marcó las 24:00, todas -como un aplauso- cayeron a la vez.

La llave seguía en el sitio que había escogido en mi cuerpo, como un regalo y recordatorio al mismo tiempo.

No sé qué significa exactamente lo que viví. Barajo las posibilidades de que aquella Clara fuese un eco de ella o

de mí mismo, o de un mundo que quiso ser y no fue.

Desde entonces, en cada Nochebuena se abre algo en mí: una grieta, una frase de esperanza, un suave latidode que la vida tiene sentido.



Selecciones:

Macromodelo de Mundo Fantástico: Tipo 4